



En las páginas  
finales del libro  
hallarás la solución  
de los casos  
con la ayuda  
de un espejo.



# EL MISTERIO DE LOS DIAMANTES DESAPARECIDOS

Y nueve casos más

M. Masters

Un desconocido personaje fuerza la caja fuerte de la señora Von Buttermore y roba unos valiosísimos diamantes, mientras ella está cenando con unos amigos en el comedor de su mansión. ¿Era posible que alguno de sus mejores amigos hubiera cometido una acción tan indigna? Lince y Amy se disponen a investigar si había otros personajes en la casa cuando se cometió el robo y estudian cuidadosamente las huellas que encuentran.

¿Serán capaces de descubrir al auténtico ladrón?

Entre las páginas de este libro encontrarás diferentes casos para resolver. Las soluciones dependen de tu habilidad y capacidad de observación. ¡Suerte!

En las páginas finales del libro hallarás la solución de los casos con la ayuda de un espejo.

Dedicado a todos los niños que nos ayudaron a  
crear la serie *Resuelve el Misterio*

# Jóvenes detectives resuelven difíciles casos



**Amy Adams**



**Lince Collins**

---

Han rescatado a un perro secuestrado, localizaron vídeo-juegos robados y resolvieron muchos más casos difíciles.

---

Lakewood Hills cuenta

Christopher Collins, el popular detective que vive en el número 128 de Camino Crestview, es más conocido por su apodo *Lince*. Su padre, Peter Collins, un abogado que ejerce su profesión en el centro de la ciudad, declara: —Hace muchos años empezamos a llamarlo *Ojo de Lince* o simplemente *Lince*. Lo papiko

con dos nuevos superdetectives que velan por la seguridad de sus ciudadanos. Son Christopher *Lince* Collins y Amanda *Amy* Adams, ambos de doce años y alumnos del 6.º curso en la Escuela Primaria de Lakewood Hills.

namente *Lince*, lo percibe todo, incluso los más insignificantes detalles. Por ello es tan competente en la resolución de enigmas.

Su madre, Linda Collins, agente de la propiedad inmobiliaria, coincide con lo

manifestado por su esposo y añade: —También se debe a que empezó a dibujar a una edad muy temprana. Sus dibujos detallan todo lo que observa. Dibuja pistas, personajes, objetos, el lugar de los hechos... y cualquier cosa que pueda ayudarle a resolver el caso.

*Amy Adams* vive en la casa de enfrente, en el número 131 de Camino Crestview. Si bien la conocen muchos como la figura del equipo de atletismo, es también una excelente estudiante de matemáticas.

—Es rápida de mente, de pies y de temperamento —comenta riendo Ted Bronson, su profesor. —Jamás se intimida. *Amy* y *Lince* nacieron el mismo día y comparten idéntico interés por los casos difíciles.

—Si algo anda mal no puedes mirar hacia el otro lado —afirma *Amy*, apoyada en su bicicleta.

—Así es —interviene *Lince*, al tiempo que saca del bolsillo trasero el bloc de dibujo y el «boli»—. Si no podemos resolver un caso a simple vista, hago un dibujo del lugar y de la situación. Al estudiarlo nos damos

blación en «bici» vigilando. Ayudados a veces por Nosey —la retozona perra de caza de *Lince*— y por Lucy —la hermana menor de *Amy*, de 6 años de edad—, hasta el presente han resuelto todos los casos en que han intervenido.

¿Cómo se iniciaron en la actividad investigadora?

Todo empezó el año pasado, el día en que la escuela celebraba su competición anual. Allí conocieron al sargento Treadwell, uno de los más famosos policías de Lakewood Hills. Al referirse a *Lince* y a *Amy*, *Sarge* dice orgulloso: —Son fantásticos. Poco después de conocernos, a uno de los profesores le robaron unos exámenes. No pude descubrir al ladrón, pero *Lince* hizo uno de sus dibujos, y entre él y *Amy* resolvieron el caso en cinco minutos. A estos dos investigadores es imposible engañarlos.

El sargento Treadwell concluye: —No sé cómo se las ha arreglado Lakewood Hills hasta ahora, sin la colaboración de *Lince* y *Amy*. Hasta la fecha han rescatado a un perro secuestrado, localizaron vídeo-juegos ro-

cuenta de lo ocurrido.

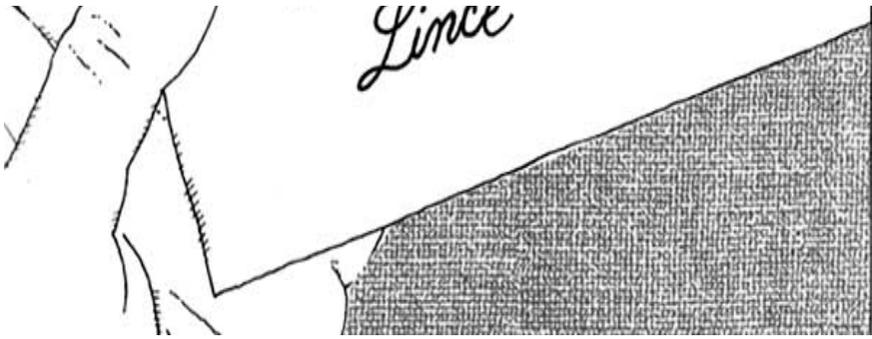
Cuando los dos superdetectives no están entretenidos leyendo, con videojuegos o en un partido de fútbol —*Lince* es el capitán del equipo del sexto curso—, suelen recorrer la po-

drados, y resolvieron muchos más casos difíciles. Siempre que afronto un problema complicado, sé lo que debo hacer: consultar a los dos superdetectives.

**ALICE CORY**

Querido lector:  
Puedes resolver estos casos con nosotros.  
Empieza a leer sin perder detalle. Presta  
la máxima atención a lo que dice la gente,  
a la forma en que se comporta, y a todo  
tipo de pormenores: la hora y las condi-  
ciones atmosféricas por ejemplo.  
Luego analiza minuciosamente el  
dibujo y confrontalo con el relato.  
Si recuerdas todo lo ocurrido, la ilus-  
tración te ayudará a resolver el caso.  
Para saber si has acertado-o si te  
atascas en un caso muy complejo-, lee  
las soluciones que aparecen al final  
del libro, impresas al revés. Sitúa la  
página frente a un espejo y po-  
drás leer sin dificultad. Si no  
tienes un espejo, lee la página al  
trasluz. (También puedes aprender  
a leer al revés. Nosotros ya lo  
hacemos bastante bien y en  
algunos casos resulta muy útil.)  
¡Qué te diviertas... tanto  
como nosotros, y suerte!

Amy



## El secreto del primo perdido

Sentado ante la mesa del comedor, Lince miró a su padre.

—Papá —dijo mientras hincaba el tenedor en la enorme pila de espaguetis de su plato— ¿qué ocurrió con las tres canas que tenías sobre la oreja derecha?

Su padre carraspeó.

—Hmmm... Lince, esta noche tienes que hacer muchos deberes, ¿no?

Casi sin esfuerzo. Lince comenzó a retorcer los largos fideos en su tenedor.

—Recuerdo muy bien que ayer las vi, papá. Eran tres pequeñas hebras grises.

La señora Collins contempló asombrada a su marido.

—¿No habrás...? —Se echó a reír—. Te las arrancaste, ¿verdad?

El señor Collins se puso rojo como un tomate.

—Está bien, está bien. Lo confieso. Sí, me las arranqué —sonrió y observó a su hijo—. Lince, ¿por qué tienes que ser siempre tan observador?

—Es algo más fuerte que yo —Lince se encogió de hombros—. No puedo evitarlo.

Con un rápido movimiento de la muñeca colocó una buena porción de espaguetis en su tenedor. Era el mismo movimiento coordinado que permitía a Lince ser el indiscutible campeón de videojuegos de la escuela. Pero antes de llevárselos a la boca le asaltó una ocurrencia.

—¡Formidable! —dijo, mientras se inclinaba sobre la mesa hacia sus padres—. ¡Un videojuego de albóndigas y

espaguetis! ¡Sería fabuloso!

—Sí, supongo que sí —reconoció el señor Collins—. Pero ahora hablemos sobre tus deberes de la escuela. Tendrás mucho que hacer esta noche si mañana quieres ver por la tele el final del mundial.

—Y no olvides que mañana tienes clase de piano —agregó su madre—. Deberías practicar... podrías tocar como los ángeles si le dedicaras un poco de tiempo.

Lince dejó de retorcer los fideos.

—Pero...

En ese momento sonó el timbre. Nosey, la perra color canela de Lince, pegó tal salto desde debajo de la mesa que se dio un cabezazo. Ladró lastimeramente y se dirigió a la puerta.

Contento por la posibilidad de cambiar de tema. Lince dejó caer su tenedor.

—Iré a ver quién llama —corrió tras Nosey—. Está bien, Nosey —dijo a la nerviosa perra.

Lince se limpió las últimas huellas de salsa con el dorso de la mano y abrió la puerta. En el umbral había un hombre de la edad de sus padres, con una cartera en la mano izquierda. Nosey le saludó meneando la cola como si fuera un descontrolado limpiaparabrisas.

—Hola —dijo Lince—. ¿Qué desea? —Se preguntó si el hombre sería un político en plena campaña domiciliaria.

El recién llegado sonrió de oreja a oreja, esperanzado.

—¿Es ésta la casa de la familia Collins?

—Sí —ahora Lince imaginó que el hombre era un vendedor.

El desconocido estiró una manaza y estrechó brutalmente la mano de Lince.

—Entonces, ¡tú debes ser Christopher! —Dio un paso adelante y abrazó a Lince con la fuerza de un oso. El muchacho se quedó rígido.

—¿Quién es, Lince? —gritó su padre desde el comedor.

Lince logró zafarse de los brazos del desconocido.

—No sé, papá. Será mejor que vengas tú —cogió a Nosey, que olisqueaba la cartera del hombre—. Basta ya, Nosey. Entra.

La perra volvió adentro trotando. Un instante después, llegaron a la puerta los padres de Lince.

—¿Qué desea? —preguntó el señor Collins.

—¡Me siento tan feliz! —exclamó el desconocido en voz alta. Avanzó para estrechar la mano de los padres de Lince—. Me llamo Dan —dijo con voz atronadora—. ¡Por fin os encuentro! —Apretó la mano de la señora Collins entre las suyas—. ¡Querida prima!

La señora Collins estaba impresionada y casi no podía hablar.

—¿Pri-pri... ma?

—Sí. Virginia, tu madre, y Elizabeth mi madre, eran hermanas. Mis padres se fugaron para contraer matrimonio y establecerse en Alaska. Siempre quisimos volver a veros, pero nunca pudimos permitirnos semejante lujo. ¡Por fin estoy aquí!

A la señora Collins le llevó unos minutos recuperarse.

—¿No... no quieres pasar? —dijo mientras abría la puerta de par en par.

Volvieron a sentarse a la mesa y le sirvieron a Dan un enorme plato de espaguetis.

—Esto es increíble, ¿verdad, mamá? —dijo Lince—. Un primo tantos años perdido aparece aquí como caído del cielo.

La señora Collins seguía sorprendida por la novedad.

—Sí —dijo lentamente—, mamá solía hablar mucho de su única hermana, Elizabeth, que se había trasladado a Alaska. Solía decir que era una pionera, porque ella y su marido se mudaron a la desierta Alaska. Si no me equivoco, ni siquiera tenían teléfono ni electricidad. Mamá siempre recibía cartas por Navidad.

—Eso es. Nosotros también oíamos hablar mucho de vosotros dos y de Christopher —comentó Dan.

—Puedes llamarme Lince, como todo el mundo —dijo Lince amablemente.

—Oh, disculpa. Dan. Iré a buscar ensalada para ti. Enseguida vuelvo —la señora Collins se levantó y entró en la cocina.

—Oye —dijo Lince, arreglándose el cuello de su camiseta roja—. ¿Oíste hablar mucho de nosotros?

—Por supuesto —respondió Dan sin dejar de comer con un hambre canina—. En casa se hablaba mucho de todos vosotros. Mi madre siempre me contaba que su hermana mayor, Virginia, solía cuidarla.

Con cierta dificultad. Dan retorció torpemente unos espaguetis en su tenedor y se esforzó por llevárselos a la boca antes de que se cayeran.

—Lince, una vez tu abuela estaba cuidando a mi madre, paseándola en el cochecillo. Se cansó de empujar, de modo que ató el cochecillo al perro. Pero un segundo después el perro divisó a un gato y echó a correr tras él, arrastrando consigo el cochecillo. Lograron dar alcance al perro tres manzanas más adelante. Afortunadamente Elizabeth no se hizo daño.

Lince soltó una carcajada.

—Amy, mi amiga, la que vive enfrente hizo lo mismo con su hermana pequeña, Lucy.

Dan rió entre dientes.

—Probablemente ocurre lo mismo con todos los críos.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Lince.

—Mi avión llegó de Anchorage al atardecer. Traté de llamaros, pero vuestro teléfono comunicaba, por lo que alquilé un coche y vine directamente.

—¿Qué te trae por aquí? —inquirió el señor Collins.

—He venido por asunto de negocios. Tengo entre manos unas fuertes inversiones.

Llegó la señora Collins con la ensalada para Dan.

—¿Tienes alojamiento?

—Sí, he reservado habitación en un hotel del centro. Pero abrigo la esperanza de volver a veros.

—Eso espero —replicó la señora Collins—. ¿Quieres venir a cenar mañana?

—Encantado. Entonces podré contaros todo acerca de las inversiones. Tal vez os interesen. A propósito, he traído algo para Lince.

Dan se agachó y abrió la cartera. Cayó al suelo una barra de chocolate y Nosey, olfateando el aire y meneando la cola, corrió a su lado. Dan le dio el chocolate y sacó un libro de la cartera.

—Esto es para ti. Lince —dijo—. Se trata de un libro de trucos. Mañana te enseñaré a hacer unos cuantos juegos de manos.

—¡Fabuloso! —exclamó Lince mientras abría el libro.

—Ha sido una noche muy emocionante —dijo el señor Collins—, pero se está haciendo tarde y me parece que alguien tiene que trabajar. Lince, esta noche pondré los platos en el lavavajillas en tu lugar, pero debes irte ahora mismo a hacer los deberes si quieres estar mañana con Dan, aprender algunos trucos y ver el partido.

—Creo que tienes razón, papá. Ya me voy —Lince se incorporó. Se dio cuenta de que por lo menos no tendría que practicar la lección de piano. Se dirigió a Dan—: Hasta mañana.

Lince se encaminó a su habitación. «Vaya», pensó con la mente totalmente apartada de sus deberes, «un primo, durante largo tiempo desaparecido, aparece como salido de la nada. ¡Qué extraño!». Se sentó, a regañadientes dejó a un lado el libro de trucos y abrió el de matemáticas con el propósito de estudiar para un examen.

Una hora más tarde se asomó su padre.

—¿Cómo van esos estudios?

Lince bostezó.

—Supongo que muy bien.

El señor Collins se acercó y lo abrazó.

—Se está haciendo tarde. Es hora de irse a la cama. No dejes de cepillarte los dientes. Buenas noches, hijo.

—Buenas noches, papá. ¿Veremos juntos el partido mañana por la noche?

—Bueno, antes averiguaré qué quiere hacer Dan.

Entró la señora Collins y besó a su hijo:

—Buenas noches, querido. Buenas noches, Nosey.

—Buenas noches, mamá.

—Nos vamos a dormir —dijo la señora Collins—. Tú también debes apagar la luz. Ahora mismo.

—Por supuesto, mamá —dijo Lince mientras se quitaba los calcetines—. Sólo me falta cepillarme los dientes.

Lince se metió en la cama. Palmeó a Nosey, que ya estaba acurrucada junto a la cama, y en seguida apagó la luz. Pero siguió pensando en el primo llegado de Alaska. Y cuanto más lo pensaba, más rara le parecía toda la cuestión.

Lince dio vueltas y vueltas, desvelado, cerca de una hora. De pronto, recordó una vieja foto familiar que le había dado su abuela. Saltó de la cama y tomó su linterna. Tenía la certeza de que la foto estaba en el salón y quería encontrarla, pero antes le quitó a Nosey el collar.

—La última vez que nos escabullimos me metí en dificultades por tu culpa, Nosey. Si vas sin collar no harás ruido. Venga, chica.

Un instante después, con la linterna en la mano y seguido por Nosey, Lince bajó de puntillas el pasillo a oscuras. Se quedó helado al pasar por la puerta del dormitorio principal, pues oyó toser a su padre. En cuanto todo volvió a estar en silencio. Lince se dirigió al salón, que cruzó en silencio hasta llegar a la altura de la biblioteca.

Después de un breve registro, Lince encontró un gran álbum de fotos. Hojeó las páginas hasta dar con una vieja foto pardusca de la familia de su abuela.

Lince estudió la fotografía a la luz de la linterna. A continuación leyó la nota que había escrito su madre al pie de la